

Es cierto que son muchas más las familias que viven en la «pobreza obligada», y no pueden aspirar ni a lo más necesario. Sabemos que no es equitativo el reparto de bienes. Pero es oportuno indicar que nuestra ayuda a las familias pasa a través de la orientación acerca de cómo educar a sus hijos en este sentido, *sin dar por descontado que esta mentalización puede ser más necesaria todavía para muchos padres.*

**\*El compromiso es vital en la vida de las personas,** y lo será en la vida de los hijos. La familia prepara para la vida cuando enseña que ser personas comprometidas significa también manejar la libertad y respetar la palabra dada; descubrir que ejercitar la libertad es mucho más que decidir entre lo que me gusta o disgusta. Significa aprender lo importante que es *la responsabilidad y la laboriosidad*, y es muy importante cuando en la familia se aprende que se puede ser libre comprometiéndose con lo que se hace.

\*Desde nuestra mirada ante la vida y los valores que nos mueven, **el gran regalo que los padres pueden hacer a sus hijos es el proceso de transmisión de la fe**, y una fe comprometida y activa. «La familia debe seguir siendo el lugar donde se enseña a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo». Sabemos que la fe es don de Dios y no resultado de nuestras acciones «pero los padres son instrumentos de Dios para su maduración y desarrollo». Ciertamente, como más adelante dice el Papa, esta transmisión de la fe presupone que los padres vivan esta misma experiencia real de tener fe en Dios, de buscarlo y sentir necesidad de Él, porque sólo de esta manera «una generación cuenta a la otra tus obras y anuncia tus ac-

ciones» (Sal 144,4).

\*Todo esto nos habla del «**liderazgo artesanal**» de los padres, o de esa madre o padre que con heroicidad están llevando adelante su familia. Por «**liderazgo artesanal**» entendemos, en este contexto, que cada uno de los hijos e hijas representa una tarea única, la más parecida a la realización de una obra de arte que, si bien nunca estará terminada del todo, se habrá realizado en la medida en que cada hijo esté posibilitado para transitar con seguridad, por sí mismo, la vida.

**Decisiva misión pastoral salesiana:**

**ACOMPañAR y  
GENERAR PROCESOS**

Todo lo que se ha expresado, con abundantes indicaciones y sugerencias, permite ofrecer a nuestra familia salesiana algunas orientaciones pastorales y pedagógicas. Ante este hermoso y muy actual desafío, nos preguntamos:

*¿Cómo acompañar a los padres, a los matrimonios, y a quienes están al frente de su familia...?*

*¿Cómo acompañar a los hijos, especialmente a quienes están en las casas salesianas, a tantos muchachos y muchachas del mundo?*

*¿Cómo acompañar desde nuestra pastoral juvenil, familiar y parroquial, a los jóvenes que están madurando como proyecto personal de vida el matrimonio y el formar una familia?*



**SOMOS FAMILIA!, CADA CASA, ESCUELA DE VIDA Y AMOR.**

Esta es una de las claves fundamentales de la Exhortación Apostólica *Amoris Lætitia*, y cuestión de suma importancia en nuestra contribución como Familia Salesiana ante la llamada que la Iglesia hace en favor de las familias: la toma de conciencia de que las familias, en la diversidad de su configuración, y en la variedad de contextos culturales, tienen la gran misión de ser escuela de Vida y de Amor. Algunas personas, grupos e instituciones estaremos a su lado, incluso haciendo camino juntos, pero nunca supliendo lo que es irremplazable en las familias: su llamada existencial a ser «comunidad de amor y vida».

\*Una contribución a las familias podrá ser la de ayudarlas a tomar conciencia de que son verdadero «patrimonio de la Humanidad» **y la primera y común escuela de humanidad** donde se desarrolla y cultiva la vocación del amor, ya que en las familias, salvo que estén profundamente dañadas, no se piensa solo en el propio beneficio de cada uno sino también en el bien de los demás. Cada miembro de la misma es reconocido como un bien



en sí mismo y existe, por lo general, una atención preferencial hacia los más débiles en ellas: los niños, los enfermos, los minusválidos y los ancianos.

\*Otra realidad hermosa de **la familia es ser hogar. Esta palabra**, «hogar», resulta entrañable en algunas de culturas porque es una realidad que tiene un valor mucho más amplio que el espacio físico de la casa. «Hogar es nido, cuna de la vida. Es el lugar privilegiado de la vida, se la recibe con responsabilidad, se la educa con generosa entrega, se la celebra con festiva alegría, se la alimenta con el pan del trabajo y el de las lágrimas, se la sana cuando está herida y se la llora cuando ya no se la tiene. De hecho, cuando falta la familia es muy difícil sustituirla y los servicios sociales de los Estados tan sólo llegan a compensar o atenuar, en lo posible, el gran vacío existente. En realidad «para el niño, la familia es un 'recurso' infinito de primer rango; y sigue siéndolo luego para el adulto».



\*Se acompaña a las familias vitalmente cuando se ayuda a los padres, a veces al padre o la madre que está solo llevándola adelante, a descubrir el valor fundamental que tiene **el respaldo afectivo que dan a sus hijos**. Supone hacer todo lo humanamente posible para que los hijos se sientan profundamente amados, pues esto les ayudará a crecer con equilibrio y en armonía, ya que el amor es como el fuego que mantiene encendido el hogar. «Se ama a un hijo porque es hijo, no porque es hermoso o porque es de una u otra manera; simplemente porque es hijo. No porque piensa como yo o encarna mis deseos. Un hijo es un hijo», dice el Papa Francisco. Significa, por tanto, aceptar a los hijos como son y dedicarse a ellos en tiempo y atención. No será suficiente con que un padre o una madre piensen que les dedican poco tiempo pero de calidad. Será necesario que la cantidad de tiempo sea proporcionada a las necesidades de los hijos, y quien no sepa estar en los detalles y cosas pequeñas de la vida de los hijos, corre el riesgo de, sin casi darse cuenta, ir alejándose de ellos lentamente.

\*En las familias más estables **la vida de los padres se caracteriza por la entrega**, por esa donación mutua en el amor y de ellos dos a sus hijos. En la Exhortación se proclama con fuerza que todo niño que viene a la vida tiene el derecho a recibir el amor

de una madre y de un padre, ambos necesarios para alcanzar una maduración que sea íntegra y armoniosa. Y «no se trata solo del amor del padre y de la madre por separado, sino también del amor entre ellos, percibido como fuente de la propia existencia, como nido que acoge y como fundamento de la familia».

Sabemos que no siempre es posible contar con la presencia de ambos. Son millones en el mundo las familias en las que los hijos viven tan sólo con su padre o con su madre, pero no por eso se debe renunciar a proponer el gran valor que tiene el testimonio de ambos, padre y madre, para los hijos e hijas. Al mismo tiempo, sea cual sea la composición de la familia, no se ha de olvidar que la entrega y donación de los padres forja los valores que adquieren los hijos y los prepara más y mejor para afrontar las dificultades que se han de encontrar en la vida.

\*La familia es también escuela que prepara para la vida cuando **se enseña y aprende el diálogo, la comunicación y la comprensión**. Cuando en la familia se viven estos valores, los hijos aprenden a escuchar, a conversar, a compartir e interesarse por las cosas del hogar, de la casa y de las personas. Y bien sabemos que convivir, comprender, disculpar y perdonar, van de la mano.

Cuando se favorece este clima, la familia se convierte en espacio de vida que cuida la reciprocidad y busca el bien de los otros desde el respeto a cada uno y sus procesos. Se ha de aprender a vivir situaciones que son antagónicas pero que, ciertamente, preparan para la vida al fomentar:

**\*El diálogo y la responsabilidad;**

**\*La autonomía y la solidaridad; el cuidado de uno mismo y la búsqueda del bien de todos;**

**\*La sana competitividad por tener el propio sitio en la familia, y la capacidad de perdón;**

**\*La disponibilidad para la comunicación y, al mismo tiempo, la escucha y el silencio respetuoso.**

Es en la familia donde se ha de aprender también a **conocer y experimentar los límites**. Nada de lo que pase a alguien en el seno de la familia puede ser ajeno a los otros, y menos aún cuando se trata de los hijos. Por eso los padres, o el padre o la madre, si es solo uno de ellos quien está al frente de la familia, han de llevar a todos en su pensamiento y en su corazón, vayan donde vayan y pase lo que pase. Esto exigirá de los padres ser buenos observadores que miran a sus hijos con la mirada atenta del corazón, y les hace capaces de poner límites a la libertad de los hijos por el bien de ellos. «Siempre hace falta una vigilancia. El abandono nunca es sano... Pero la obsesión no es educativa». Es por eso, nos dice el Papa, «que lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía».

\*Los valores más valiosos y esenciales (el amor, la fe, la libertad, la justicia, el respeto, la laboriosidad, la honradez...) **echan sus raíces en la vida familiar**, y este aprendizaje desde la vida y el afecto es decisivo y fundamental para los hijos.

Por eso, trabajar educativamente por el arraigo de lo esencial ha de ser preocupación permanente de padres y educadores. De ahí los esfuerzos por educar en la libertad, la responsabilidad, el desarrollo ético y moral, la afectividad, la voluntad, la empatía, la proximidad y el cuidado de los otros y de la creación, así como en el amor y la sexualidad responsable. Todo esto es la gran tarea en la formación de las personas, y la familia tiene un papel fundamental, debiendo contar con la ayuda de otras instituciones, y en particular, desde nuestra visión y convicción, con la ayuda de la Iglesia.

Ante la realidad de muchas sociedades muy marcadas por la aspiración a la vida cómoda y fácil como lo más importante, y al confort y al bienestar como meta primera y última creyendo que el dinero lo puede todo, es de vital importancia **educar en la familia a la sobriedad y la moderación**, en el consumo de lo necesario y no de lo superfluo, en el valor de la sencillez de vida.

Los padres que ahogan a sus hijos en la abundancia de cosas superfluas corren el riesgo de descuidar lo que más necesitan: su orientación y criterios, su afecto y amor. Dice al respecto el Papa Benedicto XVI: «También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos».